

Saverne, ofrece á cada paso un reflejo de las bellezas que van á buscarse á Suiza. Aquí todo conspira á la variedad y á la gracia del paisaje; un cielo que prolonga admirablemente las lontananzas, muchos sucesivos planos de las redondas cumbres llamadas en el pais *Ballons*, montañas cubiertas de una vegetacion robusta, valles respirando frescura, casas esparcidas acá y acullá en medio de esa sombría verdura, y masas de agua cristalina que corren por todas partes, completan la semejanza de esas montañas con las de Suiza, á las cuales, en cuanto á severidad, no ceden de modo alguno.

Hácia medio dia llegamos al punto mas elevado que domina la Lorena y la Alsacia, cuyas ricas campiñas se ven brillar á lo lejos. El *Ballon* de Alsacia que es la cumbre mas notable de aquella parte tiene 1.250 metros de altura, y á juzgar por comparacion nos hallábamos á unos mil metros. En ambos lados de la pendiente se descubren muchos pueblos, irrefragable testimonio de la fertilidad del suelo, regado abundantemente por las aguas que descienden de la cordillera. Atravesamos aprisa los pueblos de Gemaingoutte, S. Dié y Sta. María de las Minas, cuyos habitantes, ocupados en sus trabajos, apenas notaron nuestra ruidosa comitiva.

Bien pronto cambió la escena y corrimos por la

igual superficie de la llanura de Alsacia en una verdadera calle de jardin abierta en medio de la mas risueña pradera. Seguimos ese vicioso camino entre un pueblo de viajeros alegres y atareados, á pié, montados, en coche, en diligencia, en silla de posta y en toda especie de carruajes. El polvo, la pipa y la cerveza tan adaptada á la inocente sed de una poblacion alemana se disputaban al viajero, que se sienta indefectiblemente á la mesa en cuantas tabernas encuentra al paso.

Todo anuncia en ese pais el punto de contacto de dos importantes divisiones sociales; todo se resiente del movimiento internacional que es la vida y la riqueza de las fronteras, entre pueblos iguales en poder y en industria. El bienestar y la prosperidad del departamento del bajo Rhin, recuerdan los ricos condados de Inglaterra: en todas partes se nota el magnífico cultivo que dá á los campos la apariencia de las mas productivas huertas: hombres, mujeres y niños, todos igualmente robustos, trabajan la tierra con la actividad misma; y en los pueblecillos mas insignificantes se oye el crugido de las máquinas, el chisporroteo del fuego de los hornos, el martilleo en el ayunque, y todos los ruidos que indican la produccion manufacturera.

Entre las provincias de Francia la Alsacia ha de-

mostrado, de un modo completo, como se aplica la mecánica á la fabricacion; y por esto en aquel pais donde se acumulan las riquezas del suelo y de la industria, el uso de las máquinas ha sido provechoso á la agricultura devolviéndole los brazos que constituyen su poder verdadero. Lo mismo sucederá en todas partes cuando el bien entendido interes de los pueblos les habrá hecho conocer los mas sencillos principios de la economía política. Entonces mientras el trabajador encuentre en el suelo que habita, una hanegada de tierra inculta, un matorral improductivo, pantanos insalubres y caminos impracticables, no podrá quejarse de la multiplicidad de medios que abrevian el trabajo y sustituyen la fuerza humana.

Tiempo es ya de que los progresos de la agricultura sean proporcionados á los de la industria. La fabricacion toca á las máquinas, el trabajo de la tierra al hombre: y á medida que se simplifique en la primera la mano de obra por medio de las ingeniosas combinaciones á que el vapor da movimiento, mayor será el número de brazos que tanto pueden y tan necesarios son para la prosperidad agrícola. En cuanto á las naciones cuyos pobladores viven diseminados y no corresponden á la superficie, la introduccion de la maquinaria y de todos los

productores artificiales, considerada bajo este punto de vista, parece ser un beneficio inmenso.

En Schelestadt tomamos caballos en una casa de postas de rara magnificencia, y gracias al bellissimo tiro atravesamos rápidamente la distancia que nos separaba de Strasburgo. Era la hora en que los habitantes de los lugares volvian á sus casas, hacinados en grandes carros, en donde su postura y su traje formaban cuadros ricos de color y llenos de gracia. Allí no habia un hombre que fuese á pié, ni una mujer cuyos vestidos indicasen miseria. Una camisa blanca que flota en el brazo, un jubon rojo adornado con anchas tiras de terciopelo negro, un zagalejo corto y un ancho sombrero de paja que resguarda facciones muy marcadas y deja escapar algunas trenzas rubias; tal es el traje de las lugareñas de los alrededores de Strasburgo, y que sienta perfectamente á su género de belleza robusta y un tanto varonil.

Ver Strasburgo, aunque no fuese sino un momento y no detenerse al frente de su admirable catedral, seria renunciar á uno de los goces mas eficaces que puede proporcionar la contemplacion de esas obras maestras de piedra que resumen muchos siglos. Los mismos que han visitado esa hermosa basílica no pueden menos de quedar pasmados la

segunda vez que la ven, por el grandor de su buque, la perfeccion de las vidrieras y la indefinida profundidad de aquella luz que inspira devocion y va disminuyendo bajo aquella bóveda inmensa. ¡Qué silencio! ¡Qué majestad! ¡Qué solemne conjunto de tantos siglos cristianos!

Libres ya de la aduana y pasado el puente de Kehl, tomamos la ruta de Baden, camino risueño abierto en una bella llanura que tiene al Oeste el Rhin, y al Este las montañas de la Selva Negra. Esta larga cordillera sigue el curso del Rhin y forma paralelamente con los Vosgos una admirable concha cuyo centro surca el gran rio. No puede darse cosa mas hermosa, mas alegre y mas grata que las aldeas de ambos costados de la carretera. Allí se muestra en toda su frescura la ociosidad alemana: sencillas casas hechas de tablas, y cuidadas con esmero, vidrios brillantes como un cristal, ventanillas coronadas de floridos rosales, jardinillos cercados de escaramujos: tal es el pueblo cuya sola vista sirve de descanso. En ese delicioso pais, pintorescamente habitado, comienza á notarse la lentitud de las postas; ¿mas de qué aprovecharia quejarse de eso? ¡Qué viajero, en un pais en que hay tantos, podria vanagloriarse de haber jamas engañado la nativa lentitud del postillon badés, con

su chupa amarilla, y llevando colgada una corneta de caza que nunca suena? Llegados por fin á Baden, con harta pena encontramos posada conveniente á nuestra breve estancia.

La bella y frívola sociedad de enfermos, víctimas del fastidio, que por lo comun se reúne en esa época para tomar las aguas, solo habia enviado un corto número de sus representantes. Yo tomé ese camino á fin de procurar á mis compañeros de viaje el gusto de conocer uno de los rincones del mundo adonde puede irse á respirar en verano, cuando las ciudades se convierten en otros tantos hornos inhabitables. El delicioso paisaje de Baden y sus paseos entusiasmaron á nuestros artistas; no así el género de vida que se lleva en las aguas, ni los placeres quizás un poco monótonos á que la moda nos condena todos los años: su crítica acerca de todo eso rayaba en cáustica. ¿Cómo es posible, me decian, que personas acostumbradas en Lóndres, Paris y Petersburgo á vivir en palacios inmensos, angostos aún para su fausto, se conformen con pasar meses enteros en estos cuartos exiguos, ó en esta vida de alojamiento y de corredores, con el goce de un insoportable olor de pintura renovada todas las primaveras para obsequiar á los nuevos huéspedes? Si tomáis el fresco en las calles del pueblo, admirando

las elegantes casas de ópera cómica, veréis en esas ventanas circuidas de rosas, los pálidos é interesantes rostros femeninos, con miradas apagadas y fatigada sonrisa, frágiles víctimas de los bailes y de las fiestas del invierno. Y efectivamente, pasados los ocho primeros días del paseo, en el fondo de ese placer solo hay fastidio: y esto consiste en que falta el primero de todos los bienes, el dulce estar de casa, el *sweet home* de los ingleses, que son hombres muy entendidos en materia de comodidades y regalo. ¿Y además, qué puede haber de comun y de íntimo en esa heterogénea reunion de todas las naciones? ¿Cómo es posible hallarse en su centro en la extravagante y negligente mezcolanza de los ociosos de Europa? Tened paciencia, dejad que llegue el primer soplo del otoño, y cada uno irá á ocupar su puesto en el mundo; y á esas amistades eternas, comenzadas en el borde de un arroyo termal, no se les concederá un saludo siquiera ni el mas pequeño recuerdo. La casa pública de baños tampoco obtuvo la completa aprobacion de mis compañeros; pues si aplaudian la buena dimension de los salones, quejábanse de la pequeñez de los jardines, y de la vulgaridad de esos caminos de castaños que sombrean tiendas dignas á lo mas de una feria de aldea: y sin embargo, ese es un camino de moda en donde se

han paseado tantos hombres ilustres que ya no existen. Si el arte de Chavert hallaba gracia ante mis benévolos censores, se vengaban con indignacion cuando la noche reunia alrededor de las mesas en el salon de juego una multitud ávida y apasionada, aunque ocultando sus afectos bajo la uniforme máscara de indiferencia, que iba allí á tirar el oro, gastar la vida y respirar el aire cargado del humo de las luces, en el momento en que brillaba la luna en todos los bosques de Baden, en donde la mas dulce temperatura, el fresco y el silencio brindaban con un delicioso paseo solitario, lejos del polvo del jardin público. Mas en aquel año hasta el juego era lánguido, porque Baden aguardaba para el de 1838 un grande acontecimiento, á saber, la futura entronizacion de una compañía que en la próxima primavera debia importar en el suelo germánico el arriendó de los juegos, y traer de Francia á esos salones restaurados ex profeso las roletas viejas y cansadas, los rastrillos enmohecidos, los cubiletes desgastados, y en una palabra, todos los horribles pertrechos del juego arrojado de Francia, y que á manera de enfermo va á restablecer su salud á las aguas de Baden y á otros sitios.

Como se deja entender, paseamos hasta el antiguo castillo, y subimos á la cumbre de las ruinas

de una antigüedad problemática que coronan la montaña, desde donde contemplamos durante largo rato el magnífico panorama que se presentaba á lo lejos. Al salir de la última bóveda del castillo, dos culebrillas enlazadas y que se batian encarnizadamente vinieron á parar á nuestros piés. Los antiguos habrian encontrado en esa aparicion algun agüero para el largo viaje que nos faltaba hacer: mas nosotros nos limitamos á terminar el combate por la muerte de los dos reptiles, que á pesar del magullamiento de la caída no habian soltado la presa.

Al otro dia muy de mañana atravesábamos Rastadt, ciudad limpia, espaciosa y desierta, en la cual el ruido de un coche dispierta á un tiempo los ecos y á los habitantes igualmente maravillados. Mientras mudaban los caballos, Raffet tuvo tiempo de dibujar por menor el completo uniforme de los soldados de la hermosa infantería badesa, acuartelada cerca de la casa de postas, y que se prestaron con mucha complacencia á los deseos del artista. Raffet que es activo saca provecho de los mas sencillos accidentes del viaje: y como siempre tiene la mano dispuesta y el lápiz con punta, cualquier pretesto le basta para trasladar al papel cuanto se le ofrece por el camino; así triunfaba de la admirable lentitud de los

postillones badeses que parecian comprenderlo perfectamente; y cuando el maldito postillon nos detenia un cuarto de hora al menos en cada parador, Raffet decia, así es como debe correrse la posta. Nos pesó haber omitido la visita al castillo en donde, segun dicen, están custodiadas algunas reliquias del congreso que ha hecho célebre el nombre de Rastadt: mas en aquella hora tan temprana no era probable, á menos de perder mucho tiempo, encontrar un *cicerone* que se hubiese encargado de acompañarnos.

De Rastadt fuimos á Carlsruhe, pequeña ciudad que se ha levantado repentinamente segun un plan trazado de antemano, y como un solo y mismo edificio. La ciudad salió construida de la fantasía de un gran duque de Baden que vivió en el siglo anterior; y como no es posible permanecer dos horas en esta capital-modelo sin oir alguna alusion á su origen misterioso, creo que es mejor contar ante todo la leyenda que esplica su fundacion. Habrá cosa de cien años que el gran duque de Baden descontento con mucho motivo, segun dicen, de los habitantes de Durlach, que era su residencia ordinaria, fué á divertirse cazando en los frondosos bosques que cubrian entonces toda la comarca. No tardó el príncipe en hallarse separado de su séqui-

to; y favorecido por la sombra y el silencio, durmióse en un lugar retirado, como cualquiera buen príncipe tiene derecho de hacerlo. De repente se halló convertido en héroe de un sueño maravilloso: pues vió alzarse, ya construida, del seno de la tierra entreabierta una bella y espaciosa ciudad, que cubria la mitad de un vasto espacio circular, y como todas las calles formaban radios del centro á la circunferencia, el buen duque, colocado en el punto céntrico, como en la cumbre de un mirador, estendia sus pasmados ojos hácia todos los extremos de ese abanico de piedra. Apenas se habia presentado por entero esa ciudad fantástica, cuando los cazadores despertaron al príncipe; mas éste se acordó del sueño y de sus maravillas, y como era tan rico cuanto bueno resolvió llevar á cabo en ese mismo sitio, si era dable, la realizacion del bello sueño que lo habia encantado; y lo hizo cual lo dijo, segun lo prueban esa ciudad que es un abanico, y el mirador del palacio desde donde todo se domina. La otra mitad de esa grande circunferencia está ocupada por un hermoso parque, en el cual los ciervos y los gamos viven en libertad, sin perjuicio de ser lanzados alguna vez á los antiguos bosques de las inmediaciones. Si á despecho de su gracioso plan, de su estremada limpieza, y de sus edificios

de suntuosa arquitectura, Carlsruhe parece frío y algo triste, culpa es del fundador que no completó su poética inspiracion y que ha entregado á uno de los pueblos mas juiciosos y sosegados de Europa su fantástica ciudad, nacida de un sueño oriental. Como quiera que sea, esa linda capital es notable por sus bellos monumentos y sus útiles instituciones, cuyo progreso revela el reinado y la instruccion del escelente príncipe que gobierna el gran ducado.

Nos detuvimos en la ciudad tan solo una hora, y durante ella vino á visitarme el escelente y cumplido baron de Haber, que me colmó de agasajos, y por quien antes fué hospedada la seccion mineralógica de nuestros expedicionarios, guiada y regida por Mr. Le Play. Parece que esos señores, cuya salud y entusiasmo eran escelentes, solo se quejaban de la forzosa lentitud de su viaje.

Cuando un poco mas allá de Durlach salimos del territorio de Baden para entrar en el reino de Wurtemberg no nos hicieron sufrir el registro de la aduana, insoportable detencion que hace al viandante víctima de un ejército de holgazanes. Los viajeros y las relaciones mercantiles de toda clase son deudores de ese verdadero beneficio á las acertadas medidas que han adoptado de comun acuerdo los

Estados de Alemania, incluidas la Prusia y la Baviera. Los gobiernos de esos dos reinos, considerando la posición respectiva de todas esas fracciones de una misma patria, que tienen una lengua misma y hasta cierto punto iguales intereses, han sabido entenderse para suprimir las mil barreras de aduanas, fatales trabas del comercio, y para formar una confederación dentro de la cual el movimiento mercantil no encontrase más obstáculos. Como consecuencia de ese convenio, liberal á un mismo tiempo y conservador, pueden verificarse con toda franqueza las transacciones, desde las márgenes del Rin hasta la frontera de Austria y los últimos límites de la Prusia. Cuanta sería la imprudencia de echar abajo las barreras protectoras de la industria entre grandes pueblos rivales en la fabricación, tanto así es un acto de sabiduría y buen sentido ensanchar la libertad de comercio entre los Estados reducidos y poco productores. Estrecharlos con cingulos de aduanas es aprisionar á los consumidores con notable perjuicio de la producción vecina y con detrimento del bienestar general. Añádase á esto que los viajeros que llevan prisa, y la llevan todos, hallan mucha ventaja en este orden de cosas.

El límite natural entre el gran ducado y el reino de Wurtemberg es la cordillera de la Selva Ne-

gra, de la cual habíamos atravesado las últimas pendientes que van á morir en la dirección de Nordeste á poca distancia de Durlach. El primer aspecto del Wurtemberg es notable en especial por su hermoso paisaje, al cual la proximidad de la cordillera dá un carácter particular de riqueza.

Si no hago mención de todos los lugares que atravesamos, es para no multiplicar los nombres de villas y pueblos de difícil pronunciación, la cual, junto con la ortografía, estudiamos siempre á fondo, no obstante la rapidez de nuestra marcha. Por desgracia los trabajos de los prados coinciden en todas partes con nuestro viaje, y en cada posta hemos de aguardar los caballos, que con la mayor lentitud separan de las carretas para atarlos lentísimamente á la lanza de nuestros coches. Si alguna vez nuestros criados impacientes ponen mano á los jaeces riñendo á los postillones, estos retroceden sobrecogidos por aquella celeridad inusitada, y se separan un poco meneando la cabeza con aire de desesperados. En Illingen, entre otros paradores, aguardamos cerca de dos horas en medio de una muchedumbre ociosa que se iba apretando y contemplaba con tanta boca abierta nuestros carruajes. Finalmente, siendo hermosa la noche y atravesando un país ameno en el cual nos refrescaba el